



## **REFLEXIÓN PARA UN LIDERAZGO COMUNITARIO EVANGÉLICO DENTRO DE LAS UNIVERSIDADES JESUITAS**

### **De la razón instrumental tecnocientífica a una mirada de la gratuidad radical que transforma la vida**

**Manuel Antonio Silva de la Rosa<sup>1</sup>**

Diciembre 2022

En este escrito pretendo reflexionar el talante que debe de tener un liderazgo comunitario evangélico dentro de una universidad jesuita, para ir profundizando en nuestra mirada crítica ante la realidad que nos encontramos; así mismo, poder desenmascarar el mal y poder identificar los retos que tenemos como universidad ante la mirada hegemónica del cálculo y de posesión que se alimenta de la razón instrumental tecno científica. Después, propongo forjar una mirada de apertura y gratuidad radical para dejarnos afectar por las realidades dolientes.

#### **Introducción**

El hacer sin amar desgasta nuestra vida. Así vamos viviendo en un tiempo de aceleramiento frenético. La lógica de la razón instrumental tecnocientífica potencializa la actividad acelerada y petrifica la capacidad misma para actuar siendo conscientes del

---

<sup>1</sup>Coordinador del Programa Universitario Ignaciano: docente de licenciatura y posgrado del departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana de Puebla: Miembro activo de la Red de Homólogos de Pastoral de la AUSJAL. Miembro activo de la Cátedra de Análisis de la Realidad, Ignacio Ellacuría SJ. Publicado en el Boletín Diciembre 2022-Enero 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales en América Latina y El Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús. Palabras Clave: Liderazgo comunitario evangélico, razón instrumental tecnocientífica, gratuidad radical.

sentido de nuestros actos. Cada vez vamos perdiendo sentido a la vida, pues nos encontramos encerrados en el aparato digestivo de la fuerza del consumo, del reconocimiento, de la utilidad como el valor último en el mercado. Vamos celebrando la novedad y añoramos un mundo hecho de primicias. Queremos comprar lo que en nuestra sociedad no se ha producido y esperamos con ansiedad la nueva versión de una mercancía luminosa. Así, la sociedad nos quiere vender aquello que no se ha inventado. El centro de nuestra vida es el valor de la mercancía. El consumo desmesurado de cosas nos hace creer que estamos en movimiento, que tenemos vida.

Vamos avanzando aceleradamente a una tierra desconocida, sin rumbo ni horizonte. Lo importante es sentirnos que estamos en constante cambio, vivimos en una dinámica apresurada por querer ser los primeros en probar las mieles de la innovación, pero en el fondo vamos construyendo una vida funcional para el capitalismo, dejando un lado una vida significativa. Nos hemos olvidado del cuidado del encuentro donde resuena la vida con el mundo. Este aceleramiento nos va quitando espacios para conspirar donde, como dice Harmurt Rosa “los ejes de resonancia entre sí mismo y el mundo permanecen mudos” (Rosa, 2019, p. 24).

Lo interesante de esta lógica de la razón instrumental es que nuestras acciones, al anclarse en un único modo de comportamiento, se han paralizado por el cálculo anticipado y por la administración de nuestra existencia al servicio de la estrategia, de la competencia, de lo útil, de comprendernos como mercancía y de la simulación de un dominio de nuestra vida, de los demás y de la naturaleza. Esta comprensión nos convierte en sujetos estacionarios. Es decir, somos sedentarios, ávidos de algo diferente, pensamos que nos dirigimos hacia un futuro que nos promete un nuevo comienzo, donde el progreso de nuestra humanidad sólo es ilusorio, pero en realidad, estamos estancados en la necesidad de que algo nuevo nos pase en la vida, sin embargo, no pasa nada. Este mecanismo en el que nos encontramos sujetos, lo único que produce es una parálisis vertiginosa. Existe una apariencia de que estamos en movimiento, hay una simulación de que vamos recreando la vida, pero estamos ajetreosamente dando vueltas en un lugar que se mantiene inmóvil.

Si esta problemática de la pérdida de sentido de vida la llevamos al sistema educativo, podemos evidenciar que cada vez más nos encontramos sumergidos en una educación “extractivista”, donde simplemente se extrae nuestra vida desde el rendimiento y la productividad. Los sistemas educativos también están viviendo la época de la prisa, como si las cosas existieran para ser rebasadas, para pasar hacer otra cosa sin el mínimo recuerdo de lo que se hace, y le apostamos obsesionados a querer hacer más sin tener espacio para ver el camino recorrido que hemos trazado. Este sistema educativo, nos arrebató la vida al estar haciendo algo, pero esa rapidez indica solamente una educación mínima, pues el impulso emancipador que tiene el aprendizaje queda simplificado a una técnica competitiva

que va sofocando el sentido y la fuerza de nuestra libertad, de nuestra capacidad para pensar críticamente, donde nos vamos limitando al acomodo y a la adaptación a las demandas del mercado.

Esto no solamente le pasa al alumnado, repercute en toda comunidad universitaria. Un ejemplo concreto son los profesores, o profesoras, pues no sólo tiene que dar clases, sino que tiene que producir, mínimo, un par artículos al año, ir y crear coloquios, presentar proyectos de investigación, hacer informes, papeleo, gestión, sentarse en su escritorio para contestar correos, buscar financiamiento, asistir a reuniones burocráticas, figurar en comités y, así, de esta manera, el aprendizaje lo hemos acotado a una simple gestión de nuestro comportamiento en cada actividad y lugar en el que asistimos. La administración, organización y la gestión del aprendizaje, independientemente de su contexto, siempre tiene el mismo criterio: hacer los procedimientos más eficaces y adaptables a todo tipo de tareas. Los docentes, por tanto, vamos construyendo una virtud adaptativa a la velocidad y a la prisa, combinando aspectos, estratégicos y motivacionales<sup>2</sup>.

Ante este contexto donde nos encontramos, este escrito tiene la intención de realizar un ejercicio para reflexionar y dilucidar **el carácter que debe de tener un liderazgo comunitario evangélico en una universidad comprometida con la realidad**, tal como señala la razón de ser de las universidades jesuitas. El actual Padre General de la Compañía de Jesús, Arturo Sosa SJ, en diferentes pláticas y conferencias dentro del ámbito educativo ha mencionado, de forma contundente, que el ser fiel a la misión de una universidad crítica no se puede entender de forma aislada de la sociedad. La comunidad universitaria necesita tiempo y espacio para analizar e interpretar la realidad en la que nos encontramos. La misión de las instituciones educativas se concibe como proyecto de transformación social, en constante diálogo con la realidad y que están en movimiento hacia las periferias, es decir, se mueve hacia los márgenes de la historia humana y no humana, con la finalidad de desenmascarar el mal y ver de qué manera los descartados y las descartadas de las sociedades están coaccionadas por las estructuras y poderes dominantes.

En este escrito pretendo **reflexionar el talante que debe de tener un liderazgo comunitario evangélico dentro de una universidad jesuita**, para ir profundizando en nuestra mirada crítica ante la realidad que nos encontramos; así mismo, poder desenmascarar el mal y poder identificar los retos que tenemos, como universidad, ante la mirada hegemónica del cálculo y de posesión que se alimenta de la razón instrumental tecnocientífica, para después forjar una mirada de apertura y gratuidad radical para

---

<sup>2</sup> Para profundizar en este tema se recomienda leer, *The Slow Professor*, de Maggie Berg y Barbara K. Seeber (2016), donde proponen crear espacios para la lentitud, en todos los ámbitos de la vida, como una forma de resistencia ante la vorágine que nos encontramos. La lentitud, afirman las autoras, que es imprescindible para poder crear espacios de resonancia y construir relaciones verdaderas y significativas.

dejarnos afectar por las realidades dolientes. Quiero dejar claro que mi reflexión está orientada desde **la posibilidad de construir un liderazgo comunitario**, esto no es la suma de liderazgos individuales sino la **sinergia de lo colectivo que pone en el centro el bien común** antes que lo personal.

### **Crítica a la razón instrumental tecnocientífica**

El mártir y rector Ignacio Ellacuría SJ (1990) en su escrito *“Utopía y Profetismo”*, afirma que, para poder forjar una mirada crítica, esperanzadora y profética, en el horizonte del Reino de Dios, necesariamente nos lleva a vivir una utopía donde empezamos a *“comenzar de nuevo.”* Esto no significa rechazar nuestro pasado, sino más bien, a lo que refiere Ellacuría es aprender a mirar la vida desde otra perspectiva, “no es hacer cosas nuevas, sino más bien de hacer nuevas todas las cosas” (Ellacuría & Sobrino, 1990, p 413), es desde la capacidad de construir una mirada honesta con la realidad la que nos invita a reconocer lo sagrado en el mundo. Para poder construir esta mirada, necesitamos tomar conciencia de cómo la subjetividad de nuestro tiempo se va forjando desde las categorías de utilidad y el cálculo.

Hay un peligro de someter la educación y nuestra vida al cálculo desde las lógicas tecnocientíficas. Pues someter nuestra existencia a la cosmovisión que brinda la razón instrumental tecnocientífica sería vaciarnos en unas categorías que se pueden calcular, administrar y gestionar. Nuestra mirada está comprimida desde un mundo administrado. Esta expresión remite al diagnóstico que realizó la Escuela de Frankfurt (Horkheimer & Adorno, 2006), donde la libertad, la praxis y nuestra capacidad de forjarnos como un proyecto abierto han sido paulatinamente clausurados. Ya no hay posibilidad para *“comenzar de nuevo”*.

Nuestras acciones están coaccionadas por la razón instrumental, que es, prácticamente, la que autoriza el crédito o el descrédito de nuestras acciones. En este sentido, en este mundo actual se acredita la eficacia, la transparencia, la certeza y la perfección. Y, por otro lado, se desacredita la fricción, la opacidad, la ambigüedad y la imperfección. Sin embargo, lo que desacredita esta lógica tecnocientífica es lo que puede potencializar nuestra libertad humana, esa libertad que se forja en el error, en la ambigüedad, en la realidad doliente y en la incertidumbre que provoca vivir sin un manual.

Nos hemos conformado por simular que tenemos una vida con base en las certezas y en lo programado. Esta simulación procede como si la vida de todos nosotros pudiera ser organizada y administrada por los parámetros basados en el cálculo y en la destreza de ordenar nuestras actividades, tanto cuanto nos ayude para acumular y coleccionar éxitos que otorga la sociedad actual. Este orden, que ha potencializado la razón instrumental,

trasmite un modo de estar en la vida, que se elabora en el inconsciente colectivo y nos han hecho creer que somos sujetos calculables. Nuestra subjetividad se va moldeando desde la eficacia, lo exacto, lo cabal, lo íntegro, la nitidez y la seguridad. Pero pretende eclipsar la fricción, la opacidad, la ambigüedad, la imperfección, la incertidumbre, lo perplejo, el titubeo, lo inexacto, lo tentativo y lo indeciso.

Algo que no se puede dudar es que la lógica de la razón instrumental tecnocientífica nos ha encandilado porque nos facilita la vida, va creando un sistema sofisticado donde nos ofrece una vida cómoda, nos pinta un mundo que brinda soluciones simples y rápidas como el más alto valor del mercado. Este encandilamiento nos produce una ceguera y, difícilmente, podemos mirar la realidad con honestidad: nos da miedo tocar la realidad doliente. La mirada desde la lógica tecnocientífica ha sido una derivación del pensamiento cartesiano y ha tratado de someter nuestra vida a un mecanismo de relojería. Se nos ha hecho creer que somos un algoritmo, que somos algo computacional. Nos situamos ante el mundo como si nosotros mismos nos comprendiéramos a partir de recursos tecnológicos. Así, miramos nuestra existencia comprendiendo nuestras acciones como si fueran una serie de operaciones mecánicas, reguladas y determinadas.

De esta manera, pensamos que cuando dispongamos de los suficientes datos y tengamos la capacidad de gestionar esos datos, nuestra realización humana llegará al clímax. El contabilizar y administrar nuestra existencia, nos va direccionando a mirarnos como artefactos cuantificables y acumulables, de esta manera, nuestra vida está sometida a lo pragmático y utilitarista. Esta visión del mundo nos orilla como si pudiéramos regular nuestra vida por leyes sólidas, como si nuestra identidad se fraguara por un conjunto de reglas inquebrantables. Parece ser que se nos ha olvidado que nosotros somos quienes diseñamos las reglas, sin embargo, un ordenador, no diseña reglas, más bien ejecuta una regla establecida.

Esta mirada que se alimenta de la lógica tecnocientífica no sólo controla nuestras emociones si no que fabrican o moldean nuestros deseos. A través del filtro que realizan los algoritmos en las redes, nos ofrecen simulaciones de experiencias a nuestra medida, creemos que elegimos sólo lo que nos gusta y aquello que incomoda o que no estamos de acuerdo lo descartamos, pero ni eso podemos hacer. Muchas de las veces nosotros las personas estamos atadas a lo que dictan los dispositivos electrónicos. De esta manera, pensamos que podemos construir pequeñas burbujas a nuestra medida. Tenemos la sensación de que elegimos aquello que queremos, pero en el fondo ni sabemos qué queremos para nuestra vida. No sabemos, porque ya no identificamos nuestra existencia como una pregunta abierta sino como una respuesta programada.

No hay tiempo y espacio para poder *“comenzar de nuevo”* pues no tenemos espacio para que acontezca una experiencia, solamente hay tiempo para lo programado. Así,

confundimos nuestra libertad con la manera de programar y acumular intensidades, reducimos nuestra vida a simplemente gestionarla. Programamos los temas de nuestro interés, quitamos y ponemos en nuestros contactos de las redes sociales a nuestro antojo, diseñamos y seleccionamos el tipo de personas que sabemos que nos gustan. En pocas palabras, optamos por aquello que nos dicta el algoritmo y pensamos que eso es lo que queremos. Al vivir desde las respuestas programadas, difícilmente cabe el podernos cuestionar si esto que me está pasando puede ser lo mejor o existen otras cosas que me pueden dar mayor vida.

Esto obedece a la construcción de subjetividades que va creando nuestra sociedad. Especialmente en el ámbito de la educación, **la identidad de los sujetos se va forjando entre el hacer más que en el ser**. Buscamos actividades que sean “útiles” para nuestras vidas. Así, la validez está fincada tanto cuanto dé resultados inmediatos para nuestra vida. Si esto lo llevamos a la universidad, podemos ver que en las asignaturas de la mayoría de las carreras queremos justificar el contenido que va adquiriendo el alumnado con base en la producción de cosas “útiles” para la sociedad. De esta manera, hemos confundido la exigencia académica con la realización de productos innovadores que sean útiles y que den resultados a corto plazo, más que con el esfuerzo de acompañar a la alumna y al alumno por el interés de comprender a profundidad los problemas de nuestra sociedad y poder materializar una praxis con conciencia crítica.

### **La gratuidad radical de la experiencia de la otredad doliente**

Es de suma importancia identificar que en esta sociedad en la que nos encontramos, tenemos un afán de querer ganarle al tiempo. La vida universitaria tiene el espíritu de la prisa. En estos espacios, el acumular experiencias en poco lapso es pensar que estamos ganando y conquistando el tiempo. El temple de un liderazgo comunitario centrado en el deseo de encarnar el evangelio, no como un acto confesional, sino como dice Carlos Mendoza Álvarez (2020), desde una *vivencia* propia de las subjetividades históricamente situadas, necesitamos aprender a mirar nuestra vida desde la gratuidad. Ante esto planteado, la mirada desde la gratuidad nos puede enseñar que la inactividad es fructífera. Vivir desde la gratuidad, nos revela un tiempo desnudo, sin eventos inmediatistas, sin ningún programa rígido, sin ninguna actividad intencionada a la utilidad. Así, la gratuidad radical de nuestra vida nos hace que vivamos sensibles a la otredad. En estos tiempos, en donde no hay tiempo para nada que no sea la empresa del yo, necesitamos darnos un tiempo y dialogar con la vida de forma pausada para reconocer tanto bien recibido y para abrir los ojos a la realidad doliente en la que nos encontramos.

Cuando nos dejamos tocar por el entorno, desde esta sensibilidad que despierta el espíritu de la gratuidad que contempla el mundo de la vida, la existencia se vive con talante. Tal vez, Hannah Arendt termina el prólogo a *La condición humana* insistiendo en “pensar en lo que hacemos”, como si lo único que se necesitara en esta época de violencia sistémica, como forma de resistencia, es que la contemplación acobije a la pragmática del hacer. Pues el hacer sin amar desgasta nuestra vida. Ante esto, es decisivo fomentar el recoger la vida de forma pausada en las universidades, que el tiempo sea entendido según la relación de cada instante, con calma, que la reflexión crítica, el encuentro formativo y la palabra profunda se haga con serenidad.

No hay, quizás, definición más grande sobre la serenidad que la que propone Heidegger: *poder dejar que las cosas reposen en ellas mismas*. Hay que dejar que la profundidad de nuestro pensar y nuestra manera de vivir nos encuentre junto con todos los problemas que vamos experimentando, pero también hay que dejar que nos encuentre aquello que nos da esperanza, estos verdaderos y nobles huéspedes que reposan en nuestro interior: hay que hacer lo posible para dejarlos ser desde sí con fecundidad. Desde estos parámetros la actividad más alta se alza sobre una pasividad creativa. Sin embargo, nuestra época hace de nosotros sujetos activamente compulsivos, tengo que, debo, quiero, esta narrativa es el pan de cada día. Todos estos inicios de revuelo son formas de secuestrar nuestra existencia. Nos retienen la capacidad de pensar y de vivir con hondura. En la época de la avidez, nos sentimos obligados a desarraigarnos de la receptividad y de la pasividad creadora. Así, vamos perdiendo ese espíritu que nos impulsa a implicarnos con compromiso y profundidad en este mundo herido. La sociedad actual ha potencializado que el sujeto esté en el mundo como uno más, pero no como uno mismo.

El pensar nuestra vida desde la gratuidad radical, el encuentro con la realidad doliente desde la pasividad creadora y profunda nos hace estar abierto a lo extraño, a lo distinto, a lo desconocido. Sin embargo, estamos sumergidos en nuestra agenda programática que va indicando qué hay que hacer en un día cotidiano, pero con dificultad cultivamos un tiempo, creativo y gratuito para que entre lo extraño. Lo extraño siempre incomoda, inquieta, interrumpe nuestra vida planificada. Y, en este tiempo, no queremos que nuestro proyecto de vida esté suspendido por lo extraño. Pero, al eclipsar lo desconocido también apagamos la capacidad de estar abiertos a que acontezca algo en nuestra vida.

La experiencia de vivir no puede ser reducida a un programa inquebrantable. La experiencia se vive como un acontecimiento impredecible que, la mayoría de las veces, genera sorpresa e implica ruptura y sobre todo conlleva dolor. No podemos controlar ni manipular esa experiencia. Nietzsche (2011), afirma en *Ecce homo* que “para ser dueño de mí, tengo que estar desprevenido” (p. 54). En esta misma línea, Hans-Georg Gadamer (2012) lo expresa en *Verdad y Método*: “La experiencia es, pues, experiencia de la finitud

humana. Es experimentado en el auténtico sentido de la palabra aquel que es consciente de esta limitación, aquel que sabe que no es el señor ni del tiempo ni del futuro; pues el sujeto experimentado conoce los límites de toda previsión y la inseguridad de todo plan” (p. 433).

En efecto, las experiencias cruciales siempre ocurren cuando tenemos las defensas bajas. Esa repentina irrupción de lo real nos asalta por sorpresa. Las circunstancias nos aprietan, nos incomodan, pero la deformación que producen las contingencias en nosotros, en el fondo, nos van formando. Con base en esto, podemos decir que, al enfocar nuestra visión de forma mecanicista y determinista, clausuramos nuestras posibilidades de crear nuevos caminos de realización humana. Hoy, nuestras actividades están sujetas a ser funcionalizadas a través de reglas precisas. Sin embargo, nuestro mundo no es un entramado de causa y efecto que se pueden formular y se pueden describir matemáticamente y que, por tanto, no deja ningún lugar a la libertad.

**Es desde la libertad que podemos cambiar nuestra mirada para “comenzar de nuevo” y forjar una esperanza colectiva.** Esta esperanza, nos dice Ellacuría SJ (1990), que “no se trata del cálculo fijo que lleva a invertir con la calculada perspectiva de unos resultados deseables a plazo fijo, ni se trata tampoco de un sueño idealista que saca de la realidad, sino, más bien, de la aceptación de la promesa liberadora de Dios, una promesa fundante que lanza a un éxodo, en el que se conjugan propósitos y metas históricas con seguridades transhistóricas” (p. 412). Es una libertad que abre posibilidades de vida en abundancia.

Esta libertad es la que posibilita una ética del cuidado. Heidegger dice que ser libre es apropiarse de uno mismo; Levinas que estuvo preso en los campos de concentración que Heidegger apoyó le contestó, no, ser libre no es apropiarse de uno mismo, ser libre es escaparse de sí mismo, y, eso lo hace el rostro distinto al mío. Es el rostro sufriente que me hace moverme y ponerme en un horizonte donde nada será igual. Estos rostros concretos nos provocan esta gratuidad radical que nos lanza, nos inquieta y nos pone en acción fecunda. Quizá, pudiera ser que Ignacio Ellacuría SJ, amante de la filosofía, tenía claro esto cuando compartía que: “frente al vacío del no sentido de la vida, que pretende llenarse con actividades y pretensiones sin-sentido profundo, los pobres con espíritu de América Latina son un signo real y operante de que hay en el mundo actual tareas llenas de sentido.” (Ellacuría & Sobrino, 1990, p 416)

## **Reflexión final**

Es desde el encuentro con la realidad doliente, desde las personas concretas que han sufrido, las que nos pueden ayudar desde la libertad a encontrar el sentido de nuestra vida.



Las prácticas, los gestos, la solidaridad, el encuentro, los símbolos y los relatos de los movimientos sociales o colectivos de víctimas o sobrevivientes de la violencia sistemática que vivimos, son principio de sabiduría humana y teologal, que van potencializando las resistencias múltiples ante la lógica hegemónica, esa avalancha que nos van imponiendo el comprender nuestra vida desde la mercancía, desde la apropiación, desde lo individual, la autosuficiencia y el cálculo.

La gratuidad evangélica proviene de las heridas del encuentro y la solidaridad de las personas concretas que han sido sofocadas por la violencia sistemática en la que vivimos. Es una gratuidad que genera una esperanza activa, es “una esperanza que sea transfiguración del rostro sufriente de las personas y de las comunidades sufrientes en expresiones de la utopía del mundo nuevo deseado por Dios” (Mendoza, 2022, p.12). Los colectivos, las comunidades, los movimientos sociales van nutriendo su resistencia no sólo desde un fondo ético, sino un fondo espiritual-político que nace desde las heridas que se comparten.

Es por ello, Kolvenbach, P-H, SJ. (2000), en la conferencia *sobre “El compromiso por la justicia en la educación superior de la Compañía”* tiene el afán de que “los estudiantes a lo largo de su formación tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos.” (p.16)

Carlos Mendoza-Álvarez O.P. en la *Lectio inauguralis* presentada el 8 de febrero de 2022 en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, comparte que le decía María Herrera, una madre de la IV Brigada Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas en 2020, en Iguala, México: *“Cuando mi dolor toca el dolor de otra madre que también busca a su hija, comenzamos juntas a sanar”*. Otro colectivo de madres de desaparecidos, en un plantón en la plaza central de la Ciudad de México, contaba su aprendizaje de una nueva vida en común que surge del dolor y la indignación compartidos: *“A pesar del dolor que nos carcome, hay veces en que juntas comenzamos a bailar de alegría cuando logramos identificar los restos humanos de una fosa clandestina, hacemos la prueba de ADN y podemos devolver los restos de esa persona a su familia. Entonces decimos: “Promesa cumplida” y lloramos y bailamos y damos gracias”*.

Es desde estas experiencias concretas las que nos pueden ayudar para fortalecer el talante de un liderazgo comunitario evangélico en las universidades jesuitas. **Que la primera asignatura sea la realidad sufriente como principio y horizonte abierto que mana la fuerza de la indignación contra la violencia sistemática.**

## **Bibliografía.**

- Ellacuría I & Sobrino J (1990). *Mysterium Liberationis: conceptos fundamentales de la teología de la liberación.*, Madrid: Trotta.
- Gadamer G-H. (2012). *Verdad y Método*, Vol. I, Salamanca: Sígueme.
- Horkheimer, A (2006). *Dialéctica de la Ilustración* [1947], Madrid: Trotta.
- Kolvenbach, P. H. (2000). *El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos*. Revista de Fomento Social, 595-614.
- Maggie Berg y Barbara K. Seeber. (2022). *The Slow Profesor: Desafiando la Cultura de la rapidez en la academia*. Granada: EUG:
- Mendoza, C. (2020). *La resurrección como anticipación mesiánica: duelo, memoria y esperanza desde los sobrevivientes*, México: Universidad Iberoamericana.
- Mendoza, C. (2022). *La crisis civilizatoria: colapso y alumbramiento: una meditación teológica: Lectio inauguralis presentada el 8 de febrero de 2022 en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogota*.
- Nietzsche F. (1999). *Ece Homo: como se llega a ser lo que es*, Madrid: Alba.
- Rosa H. (2019). *Resonancia: una sociología de la relación con el mundo*, España: Katz.